

He estado pensando... (XXXIII)

He estado pensando en la necesidad de "despedirse"

Padre Alberto Reyes Pías, sacerdote

Dicen los que saben que el instinto mayor del ser humano es el de la supervivencia, y es un postulado lógico. Desde que nacemos hacemos todo lo posible por permanecer vivos, y nos aferramos a la existencia de tal modo que, aunque tengamos muchos años, nos cuesta pensar en la muerte y, más aún, aceptarla. Por eso, en la medida en que crecemos, buscamos todo aquello que nos ayude a vivir del mejor modo posible, y vamos echando mano de todo lo que entendemos que nos sirve para este propósito.

Esto, sin embargo, tiene un peligro y es que, a veces, lo que en algún momento puede ayudarnos a sobrevivir e incluso, digo más, puede evitar que nos hundamos, son mecanismos que, a la larga, nos pasan factura.

Mentir, seducir, manipular, someternos, callarnos, complacer, simular... son mecanismos que, en un inicio, pueden llevarnos a superar ambientes adversos, o a escalar los sitios que queremos conquistar, o pueden facilitarnos el ser aceptados por los demás. Es común incluso que llegemos a "montarnos en un personaje", y así empecemos a ser, para todos, el simpático, el hagolotodo, el disponible, el imprescindible, el "buena gente", el incondicional, el que hace el "trabajo sucio"...

Se supone, pero sólo eso, se supone, que en la medida en que crecemos y maduramos vamos descubriendo valores que queremos asumir, y vamos desarrollando además herramientas que nos permiten tomar distancia de nuestro "personaje", y empezar a ser más auténticos, más fieles al modo en que queremos realmente ser y vivir.

Pero aquí viene un problema, y es lo que se llama estar "atrapado por el rol", encadenado al personaje que nosotros mismos creamos y que, incluso, nos ayudó tanto en nuestro pasado. Ser auténticos, existir, elegir ejercer los valores que hemos descubierto, implica muchas veces un choque con lo que los demás esperan de nosotros.

Puede ser que ya no quiera ni necesite estar haciendo siempre chistes delante de todo el mundo, pero ¿cómo dejar de ser "el simpático", cuando todo el mundo me recibe con aplausos expectantes? Tal vez ya no siento la necesidad de ser el resúvelo todo, el super disponible, el que no tiene vida propia porque siempre está sacando las castañas del fuego a los demás, pero, ¿cómo decir "no" cuando he acostumbrado a

todo el mundo a que soy un "sí" viviente?

Puede pasar que ya no quiera defender un sistema político, o una ideología que hasta ahora ha sido

mi bandera; tal vez siento que ya no quiero ser el delator, el represor, el que amenaza y amedrenta, el

"incondicional" de un sistema... pero ¿cómo prescindir del personaje?, ¿cómo situarme delante de los que esperan todo de mí excepto mi renuncia a sus

expectativas? En realidad, ¿cómo ser honesto conmigo mismo -ni siquiera con los demás, sino conmigo mismo- y ser capaz de despedirme de mi personaje para abrazar la vida que quiero vivir?

No es sencillo, no es fácil, pero seguir atado al personaje es elegir condenar mi propia vida, es dejar que el miedo sea el escritor de mis días, que irán pasando y me irán llevando al momento en el cual, desde un punto de no retorno, me harán escuchar: "tu vida pudo ser diferente, pero no te atreviste a despedirte de tu personaje".